

TRES POEMAS

EL RECUERDO

Hay un angel, Señor, en mi noche
que mira a tu cielo.

Una estrella en sus ojos perdida
persigue el recuerdo.

Verticales de luz en la sombra,
Señor del silencio!

INCONSCIENCIA

Se ha dormido, Señor, la tristeza
sobre blancas almohadas de tedio.

Confundida la tarde se ha ido,
tiene miedo a romper el misterio.

Se ha perdido, Señor, mi congoja,
se ha perdido, Señor, mi recuerdo.

CARDO

Flor muda y pasajera,
Arcángel desterrado,
que sólo vives un estío
y es triste, muy triste tu ocaso.

Yo te envidio porque eres tuyo;
como tú quisiera ser, cardo:
en el alma tu nostalgia
y en el cuerpo tu cansancio.

Luis PIZARRO PEÑAS

APUNTES

ALBUM ARROYANO

II

«EL JUDIO HONRADO»

EL PERSONAJE



El dinero no abundaba tanto como hoy y los Bancos eran cosa rarísima hasta el siglo XIX. (1) De ahí resultaba que fuera más corriente, entonces, la existencia del judío prestamista: usurero, ruin, sin corazón, sin otro objetivo en la vida que enriquecerse por medios arteros, sucios, inmorales. Tan hábil y sutil burlador de las leyes, como preparador de trampas de las que era raro escapar sin quedar un sabroso bocado entre sus mandíbulas de migala triquiñuelista y raposo legalista.

Hay tipos universales como el Sylock, de Shakespeare, y el Pantalón, de Benavente, que no es difícil localizar en la vida (sin olvidar el Euclión, de «La Aulularia», de Plauto y el Harpagón, de «L'Avare», de Molière, que es una reproducción del primero).

Hoy los judíos se mueven y pululan sin caftán, sin balandrán, sin el vestido primitivo, anterior al efod, sin habla del castellano del siglo XVI de los sefarditas. Y sólo es el buhonero al que solemos ver, con ese atuendo, por las ferias de Cáceres, a las que puntual acude año tras año.

El judío actual viste a la moda, vive en todas las tierras y habla en todos los idiomas del mundo. Lo que no ha cambiado, en absoluto, son sus maneras tortuosas, de reptil, viscosas, de palabras suaves, frías; que producen espantoso escalofrío en la columna vertebral, mientras se frota las manos, alternativamente, con movimientos lentos de fricción que va acelerando a medida que enreda a su víctima en la madeja de sus arterias y la inmoviliza.

El judío prestamista era el recurso oculto, la última instancia en el embuste de una vida con que querían seguir engañando y cuyo final era, casi siempre la ruina y el escándalo

(1) Parece ser que el primer Banco que existió fué el de Venecia en el siglo XIII. Siguen: el de S. Jorge, en Génova, en 1408; el de Amsterdam, en 1609; el de Inglaterra, en 1694; el creado por Laso en 1716, que en 1718 es el Banco Real francés; en España la «Jaula de Carvi», en Barcelona, en 1401; y el de San Carlos, hoy de España en 1782.